Según Simone de Beauvoir, en los tiempos de Santo Tomás —quien consideraba a la mujer como un "ser ocasional"—, la femineidad era una esencia definida con tanta seguridad como las virtudes adormecedoras del láudano. "Tenemos a las cortesanas para el placer, a las concubinas para la urgencia cotidiana y a las esposas para tener una prole legítima y custodia fiel del hogar", chillaba Demóstenes desde el mundo griego. Y Soren Kierkegaard dijo sin vueltas que "para despertar en el hombre la idealidad es preciso que la mujer muera".

La moral viril hizo que las mujeres fueran objetos o cuando mucho compañeras a las que había que "formar, educar, vigilar, mientras están bajo el poder propio, y de la que hay que abstenerse, al contrario, cuando están bajo el poder de otro (padre, marido, tutor)".

Esta moral sirvió durante muchos siglos para definir también el erotismo desde la óptica del hombre y desde esa perspectiva se alimentan los medios que exaltan el cuerpo femenino. Según este principio, de allí arranca el goce masculino que al decir de María Moreno "tiene la forma de un buen corto norteamericano con un principio, un medio y un final de punchingball".

Por el contrario, el erotismo femenino es un tema para nada difundido y sólo en los últimos años, empujado por algunos vientos, se han comenzado a plantear más interrogantes que respuestas.

María Moreno recoge ese amplio espectro de dudas y rechaza las sucesivas soluciones para el disgusto sexual de las últimas décadas como el diván psicoanalítico, el empuje libertario, la reivindicación del clítoris y expresa —como lo hace un marginado cuando logra plantear sus primeras exigencias— necesidades infinitas.

Otros textos que completan este suplemento, que quizás interese más a las mujeres que a los hombres, incluye un cuento de *Nuevas cartas de portuguesas*, inspirado en *Cartas de amor de la monja portuguesa* de Mariana de Alcoforado (siglo XVII), cuyas autoras fueron acusadas por ese libro de atentado a la moral; un poema de la exitosa norteamericana Erica Jong, y un cuento inédito de la argentina Cecilia Absatz, escrito especialmente para *Página/12*.

CULTURAS
Página/12



EROTISMO FEMENINO

UN CUERPO DE NUNCA ACABAR



guerrilla —para no mencionar de nuevo el episodio, con cañones y tanques y helicópteros, de la toma del Palacio de Justicia en la capital.

En cuanto a la alternativa pacífica de los partidos en el poder, hay que señalar que es pactada entre el Partido Liberal y el Conservador, que se sucedían por riguroso turno y compartían equitativamente, por mitad, todo el aparato del Estado. Los turnos terminaron oficialmente en 1974 (a favor del Partido Liberal, tradicionalmente mayoritario), y el reparto en 1986 (desde hace más de un año, el gobierno es homogéneamente liberal). Pero persiste la exclusión de las terceras fuerzas. No en la teoría constitucional, pero sí, más sangrientamente, en la práctica: la operación de exterminio desatada contra la Unión Patriótica obedece en gran medida a que los candidatos de este partido de izquierda tienen posibilidades de ganar en buen número de municipios en las elecciones de marzo de 1988, cuando —por primera vez en la historia de Colombia— los alcaldes serán elegidos por voto popular, y no nombrados por el Ejecutivo, como antes.

La cresta de la ola

Estos muertos *electorales* son apenas la cresta de la ola de violencia política que está arrollando a Colombia. Hay además los muertos sindicales y agrarios (en el último año, la Central Unificada de Trabajadores —CUT— ha perdido más de cincuenta de sus dirigentes locales); los muertos de derechos humanos (miembros de los comités de derechos humanos: el de Medellín, por ejemplo, que es la ciudad más azotada por la violencia, ha perdido en los últimos tres meses a dos presidentes sucesivos); los muertos de la Iglesia de los pobres (cuatro sacerdotes en los últimos tres años); los muertos de la tregua (han sido asesinados todos los jefes de los grupos guerrilleros que hace tres años firmaron un cese al fuego con el gobierno del presidente Belisario Betancur; sólo se salvaron los de las FARC, que, prudentemente, no salieron a las ciudades, sino que permanecieron en el monte hasta ver por dónde iban los tiros).

Es, pues, aunque siga siendo secreta, la *guerra sucia* abierta, en el mismo sentido que tuvo la expresión en la Argentina y el Uruguay de las dictaduras castrenses. Sólo los militares utilizan la expresión en un sentido diferente (y es el mismo en que lo usaban los generales argentinos): "guerra sucia" es, según ellos, la *campaña de calumnias* de que son víctimas las Fuerzas Armadas colombianas en torno al tema de los asesinatos y las desapariciones.

A los militares se los acusa, cada día más abiertamente, de ser los responsables de esa guerra sucia, o por lo menos cómplices directos de las *fuerzas oscuras* que, según el presidente Barco, la adelantan. A las autoridades civiles, empezando por el presidente, sólo se las acusa de pasividad y benevolencia: ninguna de las *investigaciones exhaustivas* anunciadas tras los centenares de asesinatos, cometidos muchas veces en presencia de testigos, ha dado resultados, ni mucho menos detenidos, y ni siquiera sospechosos. En numerosos casos, en cambio, los testigos han sido asesinados a su vez y al mismo tiempo por las ciudades colombianas circulan abiertamente *listas negras* de personas amenazadas de muerte —sindicalistas, periodistas, profesores universitarios, dirigentes políticos de izquierda— sin que el gobierno mueva un dedo. En una reunión mantenida con un grupo de amenazados hace tres meses, generales y ministros justificaron su pasividad por la *falta de colaboración de la ciudadanía*. Y cuando empezaron a caer asesinados los primeros de la lista —Héctor Abad, presidente del comité de derechos humanos; Jaime Pardo, senador y ex candidato presidencial de la Unión Patriótica— y sus compañeros de amenazas empezaron a viajar al exilio (ver recuadro), el único comentario en los círculos cercanos al presidente Barco fue un escueto "bien idos".

Pero si en la pasividad del gobierno hay algo de cinismo, también hay mucho de impotencia. Y esa impotencia se debe sobre todo a la destrucción lenta, constante y ya prácticamente definitiva del aparato colombiano de justicia. En parte por abandono: el Poder Judicial es políticamente independiente, pero en lo económico depende del Ejecutivo para funcionar; y desde hace décadas es *la cenicienta del presupuesto*. No sólo faltan centenares de jueces, sino que los que hay carecen por completo de medios para trabajar, desde máquinas de escribir hasta una policía judicial competente, e independiente de las Fuerzas Armadas. En parte, también, por la propia corrupción del aparato judicial. El abandono se vio en el ya citado caso del Palacio de Justicia, bombardeado por los militares con todos los magistrados dentro (doce murieron), sin que el entonces presidente Betancur hiciera nada por buscar una salida menos catastrófica.

Comprar la conciencia

"Un ejemplo para el mundo", se jactó entonces el oficial que dirigió la operación y hoy es ministro de Defensa, el general Rafael Samudio. En cuanto a la corrupción —y el amedrentamiento—, el ejemplo más claro es la declaración de inconstitucionalidad, por parte de la Corte Suprema, del tratado de extradición de mafiosos de la coca firmado con los Estados Unidos. La mafia se desembarazó así del incómodo tratado después de asesinar a más de cincuenta jueces y magistrados y a numerosos periodistas.

Entre todas las *fuerzas oscuras* que según el presidente Barco amenazan no sólo la justicia, sino la democracia colombiana, la mafia de la cocaína es la principal. Los ríos de dólares que pagan por su producto millones de consumidores en Estados Unidos y en Europa han hecho de ella un aparato más rico y poderoso que el propio Estado colombiano. Dos de sus jefes, Jorge Luis Ochoa y Pablo Escobar, figuran entre los veinticinco hombres más ricos del mundo en los recientes listados publicados por las revistas norteamericanas *Forbes* y *Fortune*, cada uno con más de dos mil millones de dólares.

Y con esas fortunas han procedido a comprar no sólo la conciencia de los jueces, sino todo en Colombia: los bancos, los obispos, los políticos, los periodistas, la tierra, los equipos de fútbol, la policía, los militares. Incluso las guerrillas: en efecto, las principales zonas de cultivo de la coca en Colombia son zonas controladas por la guerrilla. Pero también, en sus más altos niveles, la mafia de la coca colabora en la represión política. Así, por ejemplo, la tesis gubernamental es que al líder de la UP, Jaime Pardo, lo asesinó la mafia.

Y puede ser verdad. Aunque, por una vez, obligue al gobierno de Virgilio Barco a contradecir una de las verdades reveladas por la administración de Ronald Reagan, según la cual la cocaína no está a la derecha, sino a la izquierda.

Exilio sin Gardel

Gustavo Vasco es un ciudadano particular, sin cargo alguno en el gobierno de Colombia. Pero es también el más íntimo y poderoso consejero del presidente Virgilio Barco: no se nombra un ministro sin su consentimiento. Por eso, cuando Vasco declara a la prensa que "no hay razón para desear que les vaya mal en su voluntario exilio" a quienes "tienen recursos económicos para vivir en el exterior y son dueños legítimos de sus temores personales", a ese *voluntario exilio* se apuntan muchos de los amenazados de muerte, entendiendo que el gobierno no está demasiado interesado en proteger sus vidas.

Así, pocos meses atrás comenzó la diáspora rumbo a México, Canadá o España: periodistas, profesores universitarios, artistas, abogados, libreros, dirigentes políticos, directores de orquesta. Alberto Rojas Puyo, senador de la Unión Patriótica y miembro de su dirección nacional, eligió España. "Las amenazas hacían indispensable un tiempo de *reposo* —explica durante su exilio a la revista *Cambio 16*—. Tengo el propósito de hacer comprender a los partidos políticos, los sindicatos, las fuerzas democráticas de España, la grave crisis de los derechos humanos y del pluralismo en mi país", concluye el dirigente colombiano.

"Me quedaré en Madrid mientras dure la actitud de complacencia del gobierno ante las amenazas a la prensa crítica", asegura Daniel Samper, un periodista de *El Tiempo* de Bogotá, considerado como el columnista más leído de Colombia.

LA VIOLENCIA SE VISTE DE BLANCO

Por Sol Fuertes
(El País de Madrid)

Medellín, la ciudad industrial más importante del país, cuenta con 2.700.000 habitantes. Medio millón vive en la indigencia absoluta. Barrios como el de Villa Tina, en el que murieron el año pasado más de 600 personas sepultadas por la montaña, rodean la ciudad.

En ese cordón de miseria, salpicada por laberínticos callejones, se agrupan los desempleados, principal fermento de la delincuencia. De 20 muertes violentas ocurridas en 12 horas en la ciudad, 13 se produjeron en esa zona.

En Medellín viven los principales narcotraficantes. A Medellín llega la guerrilla. Aquí se esconden los paramilitares. En Medellín también se encuentra el mejor comercio de Colombia, las galerías de arte más lujosas, y las mejores discotecas, aunque no se llegue al refinamiento de Manhattan.

Por Medellín se desparraman propiedades de la familia Ochoa, que se cuentan entre las veinte mayores fortunas del mundo. En Medellín se alza un precioso edificio, digno de una postal. Es el centro de negocios del narcotraficante Pablo Escobar, una de las diez fortunas más fabulosas del mundo.

Hace quince años, Escobar era un lavacoches. Hace tres, un diputado por el Partido Liberal. Hoy pende sobre él una orden de captura, al igual que sobre tres miembros de la familia Ochoa.

Otro narcotraficante, Gonzalo Rodríguez Gacha, es el supuesto *cerebro* del asesinato del líder de Unión Patriótica, Pardo Leal.

Nadie oculta que el 90% de Medellín depende de alguna manera de estos narcotraficantes —llamados el *cartel de Medellín*—, y menos los arquitectos que construyen viviendas de un millón de dólares aproximadamente. Recientemente, el gobierno del liberal Virgilio Barco ha elevado el salario mínimo a unos 120 dólares.

Un periodista, que, como la mayoría de los entrevistados, pidió no ser identificado, contaba que hace un mes se vio a Escobar jugar un partido de fútbol. Lo hizo ante 10.000 espectadores, en el estadio de Envigado, su ciudad natal, que él mismo construyó para el esparcimiento de sus conciudadanos.

Para Jaime Jaramillo, Escobar no es de los narcotraficantes que han aupado a los paramilitares. El líder de la Unión Patriótica —partido surgido de la guerrilla comunista Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC)— asegura que el narcotráfico tiene sus matices.

"Escobar no es un delincuente común, ha construido en Medellín más viviendas populares que la administración del liberal Virgilio Barco", afirma convencido.

Guaviare, la más violenta

Si Medellín es la ciudad más violenta, el triste record por regiones lo tiene Guaviare. Tanto en la capital de Antioquia como en esta zona de bosque subtropical, frontera entre los Llanos y la Amazonia, se dan elementos comunes que convierten los asesinatos en una maraña de intereses en la que hoy por hoy ninguna investigación judicial ha podido llegar hasta el final. Guaviare fue en los años sesenta un objetivo de colonización.

Alentados por el gobierno, miles de campesinos buscaron aquí la tierra prometida huyendo de la violencia entre conservadores y liberales, que causó 200.000 víctimas a finales de los años cincuenta.

Lo primero que sembraron fue maíz y arroz. Las cosechas no pudieron ser mejores. Se llenaron las casas, las calles, las pocas escuelas y puestos de salud de la zona. Hasta los bares y las iglesias sirvieron de almacenes de grano.

Pero pasó el tiempo y la cosecha empezó a pudrirse. No se habían previsto vías de co-



EL MIRON TIENE QUIEN LE ESCRIBA

Por María Moreno

Por los años cuarenta, un coleccionista de libros tras cuya fecha se ocultaba un vulgar degenerado, encargó a Henry Miller cuentos porno a cambio de 100 dólares mensuales. La consigna era ''suprima la poesía''. Henry Miller pensó que podía pasársela sin eso y pidió a su amiga Anaïs Nin que lo reemplazara. Ella sabía que la retórica era simple: botitas de 22 botones, correajes tumefacientes, lencería negra, ausencia de sentimientos, sobre todo grandes vergas penetrando en jugosas vaginas bien dispuestas y múltiples. Lo hizo regular, con algunas caídas poéticas. Desde ese entonces Anaïs Nin, la escritora erótica masculina, quedó equivocamente consagrada como la escritora erótica femenina por excelencia. Sin embargo, ella que convertía divertidamente en dólares su obediencia ciega al deseo macho, terminó enviando al coleccionista una carta de queja que decía, entre otras cosas: ''El sexo no prospera en medio de la monotonía. Sin sentimientos, sin invenciones, sin el estado de ánimo apropiado, no hay sorpresas en la cama. El sexo debe mezclarse con lágrimas, risas, palabras, promesas, escenas, celos, envidia, todas las variedades del miedo, viajes al extranjero, caras nuevas, novelas, relatos, sueños, fantasías, música, danza, opio, vino''. Y luego: ''El sexo pierde su poder y su magia cuando se hace explícito, mecánico, exagerado; cuando se convierte en una obsesión maquinal. Se vuelve aburrido. Usted nos ha enseñado mejor que nadie que yo conozca, cuán equivocado resulta no mezclarlo con la emoción, el hambre, el deseo, la concupiscencia, las fantasías, los caprichos, los lazos personales y las relaciones más profundas, que cambian su color, sabor, ritmos, intensidades''.

A través de este grito de esclava liberta, Anaïs Nin no sólo critica una estética, a la pornografía sino a la sexualidad masculina misma. Si bien no era la primera vez que las mujeres trataban de definir su diferencia, fue la Nin la que comenzó, en el terreno de la literatura, una mística de su propio sexo sexuado.

Mística que como todas las de liberación, arrastra en su mismo gesto de ruptura aspectos no tan tirabombas:

''El ritmo de la mujer es más flexible, más fluido, más sutil'', dice la teórica Luce Irigaray. ''Aspectos intelectuales, imaginativos, románticos y emocionales. Eso es lo que confiere al sexo sus sorprendentes texturas, sus sutiles transformaciones, sus elementos afrodisíacos. Usted ha dejado que se marchite el mundo en sus sensaciones; está dejando que se seque, que se muera de inanición, que se desangre'', chanta la Nin a su coleccionista.

Hélène Cixous usa expresiones similares. Tretas del débil que se arroga (arrogantemente) un saber para revertir un dominio pero también una suerte de esteticismo tilingo, de apólogo de lo sublime (cuándo no iremos a parar las mujeres de ese lado) donde retorna la figura odiosa de la maestra normal dispuesta a sacar a Gaspar Hauser de su barbarie genital.

El colmo es cuando Nin dice: ''Sólo el pálpito al unísono del sexo y el corazón puede producir éxtasis''. ¿Reverbero católico de la unión entre cuerpo y alma? Si da ganas de decir: ''Muy bien señoras, basta de agujero palito, de al pan pan y al vino vino''. Empecemos con los grandes rodeos mareadores, las miradas de veinte minutos. Pero ¿qué tal una mancha de menstruo (de menstruo nomás,no de menstruo elevado al rango de vino pascual), un poco de buen olor a axila, flatulencias?

Cuando se hace una mesa redonda, un suplemento sobre literatura erótica, se convoca a mujeres. ¿Beneficios de la civilización? No. Allí hasta el más moderno vuelve a sostener la certeza de la semejanza entre literatura y vida. Se trata de que ellas (las mujeres) aprendan a poner en bellas figuras sus ficciones de alcoba, hechas a la medida del amo y de poder leerlas como si se las espiara. Pero también de arrancarles un secreto, el instante en que por traducir a la tradición —como diría Mayra Leciñana— su sexo les juega una mala pasada y traducen mal, es decir traicionan. Son estos deslizamientos los que hicieron que Anaïs Nin se hiciera totalmente cargo de su *Delta de Venus* escrito bajo la varita libertina del coleccionista.

Mientras tanto las mujeres escriben erotismo entre la tentación de excitar y el riesgo de ser arrancadas de sí mismas.

Hablar de literatura erótica femenina es hablar de erotismos y en eso vamos a calentar la máquina que, al no tener sexo, no traiciona.

El sexo en orden

El goce masculino tiene la forma de buen cuento corto norteamericano: tiene un principio, un medio y un final de punchingball. La expresión soez ''hacerse el alivio'' evoca el rascarse o el hacer pipí: el goce femenino consiste en la eflorescencia de todo el cuerpo y su expansión en el espacio y una continuidad entre el cuerpo y sexo, el sexo y el cuerpo, sin localizaciones fijas, sin puntuaciones separadas (la versión es de Luce Irigaray). En la caricia no hay quién es quién, los bordes se atraviesan en una nebulosa táctil, la piel anestesiada por los besos ignora su dueño... Bah, es insoportable como un texto de Lezama Lima.

Una mujer no enajenada a la economía del hombre vive su sexualidad como un continuum, no como un recorte cuyo guión se limita a una serie limitada de vicisitudes y que desea ofrecerse como espectáculo a un mirón siempre ávido de privilegiar lo sólido sobre lo líquido, de reclamar ese ayku que le viene del otro cuerpo para certificar que se ha sido un buen donador, de reducir su deseo acabando ramplonamente con él.

Sí, el Falo necesitaba esta felpeada teórica que le han hecho las Luce Irigaray o las Hélène Cixous, también algunos hombres como Pascal Bruckner y Alain Finkielkraut *(El nuevo desorden amoroso)* más la labor inestimable de millones de anónimas histéricas.

Pero esta afirmación de ''otro modo de sentir'' no deja de tener un simple valor político, como en su momento la afirmación de una identidad gay, negra o femenina, no está sujeta a pruebas de verdad: es una nueva novela sexual en donde, de la euforia fundadora, debería extraerse el eterno tufillo a esencias porque si no, ¿qué queda de la zarpa de la Historia? La sociedad antigua, por ejemplo, parecía indeciblemente progre en relación a los pobres falócratas posteriores. Es cierto que según las suposiciones de Galeno las mujeres eyaculaban durante su orgasmo y que esa eyaculación era esencial al privilegiadísimo acto de procrear. Horrible asimilación a la economía masculina mascullaría Luce Irigaray. Pero ¿para qué *nos* servía? Ocho teólogos de lustre afirmaban que la mujer que se negaba al orgasmo cometía un pecado mortal. Otros cuatro teólogos de lustre que el marido estaba obligado a continuar el acoplamiento hasta que ella ''segregase su semen''. Y he aquí lo increíble pero real: catorce teólogos de lustre decían que la mujer podía seguir prodigándose caricias a sí misma hasta lograr el orgasmo, una vez que el marido se hubo retirado. ¿Sabían más del goce femenino esos maridos condenados a cumplir con ''débito matrimonial'' que les imponía desde el párroco hasta el rey y que ni siquiera, en cambio, tenían obligación de amar a sus esposas? ¿Estaban mejor lesbianizados que los de ahora, todo sea por la procreación? ¿O eran simples perros escarbadores, practicantes a ultranza del ''agujero, palito''?

En el primer caso, cabe que dentro de algunas décadas, las mujeres, hastiadas de la sobada perpetua y el beso colombino reclamemos aquella vieja genitalidad, una vez que el pene haya perdido su halo trágico, su angustia de púgil de la resfregada.

Otra paradoja: Este ''otro modo de sentir'' se ha urdido para escupir sobre el Falo. Pero el Falo es una vieja travesti con las operaciones infectadas y los pies hechos pellejo de tanto taconear en vano, un apopléjico que se mea con aquello con que antes pasaba a degüello muñecas grandes. Y hoy son los hombres los que quieren ser lesbianizados: al pasar de la cama (de algún hotel alojamiento) a la camilla (de una casa de masajes) están dando cuenta de todo lo que se les fue en salud. Se extienden como amadas para que los masajeen, los entalquen, los relajen, los alivien. Cuando la expulsión seminal va tan pareja con la del lumbago, cuando el sexo está tan peligrosamente cerca de la kinesiología es que ya nadie soporta lo que ha inventado.

Cada década chilla en paños menores ''liberémonos de nuestros dogmas, es decir, fundemos nuevos *hits* de alcoba''. Los jóvenes que hoy recorren la ciudad vestidos de negro se han puesto luto por tantas muertes imaginarias. A cambio proponen que la nada es sexy, quieren el sexo de los ángeles.

Nosotros estamos viejos. Preferimos la sexualidad de los nambiquara: una tribu donde los niños pegan a los padres, se yace desnudo luego de revolcarse por la arena hasta tener un tenue color ocre, hilando cuentas de nácar lechoso o de cortezas de nuez de palma, mientras una voz relata: ''Todo el mundo había muerto. Ya no quedaba nadie. Ningún hombre. Nada''. Un brazo reposa en el cuerpo del hijo, la cabeza en la panza de la prima cruzada. El fuego de la hoguera pasa por los ojos oblicuos. Los mocos se suenan con una ramita en forma de pinza. Los cabellos se separan en bandas geométricas para dejar a la luz el cuerpo de un piojo. De pronto una pareja se levanta y se mete entre los matorrales. Estallan los chistes, las imitaciones, rimas obscenas. Se habla de sexo, siempre de sexo. Luchas en el polvo, pedos, escupidas, cuchicheos, risas locas, de vez en cuando el llanto de un niño pisoteado. Y a echar ramitas a la hoguera, no hay que dejar que se apague porque hace frío. Un mono colgado de una cabellera, así viajará mañana. El zumbido de las moscas, la música de una flauta. La sensualidad de una nación acostada donde los hombres y las mujeres hablan diferentes lenguas, pero eso no se escribe, no puede, no hace falta escribirse.

Liberada

Por Erica Jong (Raíz de amor)

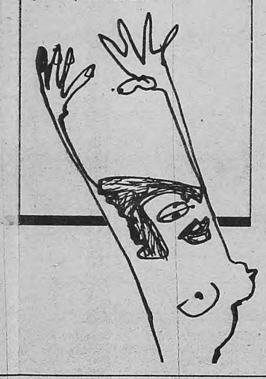
No había escrito un poema en meses,
tenía la boca seca,
llena de recortes de viejos diarios
y críticas de libros
y artículos sobre la Suma Total
del Arte.

Muerta,
incapaz de escribir,
me había transformado en mis críticos.
Mi pasión fue castigada
con la vulgaridad,
mi lujuria se había convertido
en tinta de impresor
sobre el polvo.

Entonces llegaste,
te apoderaste de mí súbitamente
una noche en medio de una conferencia,
sujetaste mis manos con gomitas,
mis pezones con clips,
escribiste en mi vientre tu deseo terrible,
en mis mejillas tu ternura.

Sentí ese espasmo fatal del amor
y me quedé sin cena.
Sentí ese hambre de ti
y tuve diarrea.

Ay, conozco a mis cínicos lectores,
mis cínicos yoes...
pero la Musa aleteó sobre el lavabo
y olió la mierda.
Y la musa limpió mi culo
esa noche profética,
y ahora estoy otra vez enferma
y ahora puedo escribir.



NUEVAS CARTAS PORTUGUESAS

Por Maria Velho Da Costa, Maria Isabel Barreno y Maria Teresa Horta

Era perversa:
dormía completamente desnuda, los pechos sueltos y suaves, muy blancos y mostrados igual que sus pezones largos, rosáceos y dilatados.

Durante el día andaba por casa con la blusa desabotonada y sentándose de cualquier manera con el vestido subiéndosele siempre hasta medio muslo, dejando entrever entre las piernas cierta suave oscuridad, aminorada por la media penumbra en que se encontraba.

Era perversa:
se tumbaba en los sofás, a lo largo, con los brazos hacia atrás, y permanecía así, estirada, cuanto podía, sin maldad, pasándose la lengua por los labios húmedos.

Era perversa:
de un rubio profundo, la piel sembrada de suave pelusilla, los ojos de un azul duro, siempre soñolientos.

Era perversa:
le rodeaba el cuello con los brazos, los senos aplastados contra el pecho y el aliento tibio, sedoso, rozándole la boca, arrastrándole muy cerca, como entumecido por la saliva.

Era perversa:
dejaba la puerta entreabierta, olvidada, entretando se desvestía despacio, descubriéndose el vientre blando, los hombros flacos, despacio y con breves movimientos, en secretos pactos y resonancias con la infancia.

Era perversa:
llevaba el cabello desaliñado y tibio del sueño cuando de mañana lo besaba, al darle los buenos días, con la despreocupación adquirida con el hábito.

Era perversa:
dormía completamente desnuda, los pechos sueltos y blandos, muy blancos y mostrados igual que sus pezones largos, rosáceos y dilatados.

Cuando el hombre entró en el cuarto vaciló, mirándola, fijándose en su sueño, pero inmediatamente avanzó, silencioso y tranquilo, hacia la cama, vacilando otra vez. Luego alarga una de sus manos, la desliza por la suave curva del pecho, por las caderas calientes, dulces, introduciendo los dedos crispados entre los pelos sedosos del pubis.

Se inclina ante la invitación de ella y le tapa la boca con fuerza, brutal, manteniéndola acostada, firmemente, debajo de su cuerpo, ahora extendido todo a lo largo sobre el de ella.

Era perversa:
tenía una risa libertina, sedienta, y una forma de mirar a los otros provocativa; un perfume salvaje exhalado por momentos, como un fruto obsesivo: obsesionante, obsesionante.

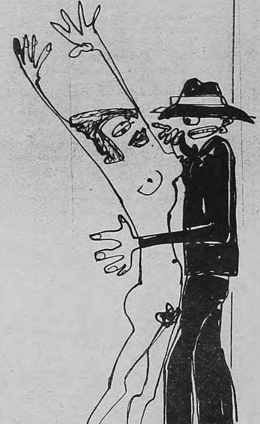
Indiferente, Mariana siente que él sale de su interior, salpicándola de esperma también por fuera. Luego ve que se levanta de la cama, se viste con prisa y se va sin tan siquiera mirarla, todo el tiempo mudo, incluso mientras la forzaba, mudo incluso cuando la tenía, rendida, sumergida en aquel sopor, del que no quisiera salir nunca más, cada hora más profundamente perdida.

—Tienes que dejar esta casa —le dice él con una voz neutra, monocorde—, no podemos continuar viviendo juntos en el mismo techo después de lo que pasó. Has sido la culpable de todo, bien sabes que has sido la culpable de todo, yo soy hombre; soy hombre y tú eres provocativa, perversa. Eres perversa. Una mujer sin vergüenza, sin pudor. Me irritas, me repugnas, me avergüenzas. Te dabas cuenta, sé que te dabas cuenta, que sabías cómo me ponías. Yo soy hombre, mi puta.

—Claro que soy una puta, puedes estar tranquilo, padre, soy una puta.

—¡Cabrona! —le gritó la madre cuando se dirigía hacia la puerta de la calle, apoyándose en las paredes para no caer—. Cabrona.

(De *Nuevas Cartas Portuguesas*)



EL PRESTIGIO DE GOZAR

Freud pronunció, en 1932, ante un auditorio mixto una conferencia titulada *La femineidad*. Allí, como todo muchachón con o sin patota comenzaría por hacer toda clase de bromas y guiños desde el momento mismo de decir ''señoras y señores'' y luego pondría del lado de lo femenino la popular envidia del pene, una menor capacidad de sublimación —o sea de transformar los instintos en cultura—, cierta flexibilidad a la instancia moral.

Para evitar que las analistas presentes le dieran una nada victoriana patada en el culo, Freud sacó de la galera su teoría de la bisexualidad. Era como si dijera: ''La femineidad es esto, ahora si ustedes tienen cinco dedos de frente, son Virginia Woolf o esa filósofa recalcitrante Simone Weill es porque... son masculinas''. Al mismo tiempo, y adelantándose a las posibles objeciones y mezclando en el asunto el tema de la galantería (''...nosotros pudimos evitar fácilmente toda falta de galantería permaneciendo en el terreno de la bisexualidad...''), sugiere que toda réplica no podría ser jamás imparcial, viniendo de mujeres. El, por el contrario, se excluye de toda sospecha a pesar de haber mostrado a lo largo de su obra que aun la teoría científica estaba entramada en los deseos y fantasías más profundos de los hombres. Los prejuicios freudianos han sido desmontados por mujeres psicoanalistas como las francesas Luce Irigaray, Sarah Kofman o la inglesa Juliet Mitchell, quien defiende a Freud replicando a las feministas que su obra (la del maestro) es un análisis de la sociedad patriarcal y no una recomendación de la misma. La envidia de pene sería cultural, un reconocimiento de los privilegios de tener uno. Freud subestimó la etapa preedípica de la mujer, pensó la femineidad escuchando demasiado a sus propios fantasmas (hasta temía que su esposa fuera a patinar sola), dio argumentos teóricos a la injusticia social y su concepto de histeria hizo de toda mujer una enferma si no tocaba al compás del deseo masculino.

Juliet Mitchell *(Feminismo y psicoanálisis)* realiza en este libro una crítica a las feministas que se han ocupado de Freud leyéndolo con mala fe, mezclando al victoriano con el teórico y no atendiendo a la riqueza expropiable de sus contradicciones. Su aporte más interesante es el desmontar los preceptos aparentemente revolucionarios de Laing, Cooper, Reich y otros liberadores de la sexualidad hasta encontrar en ellos una misoginia notable y mucho más capciosa que en la del Gran Viejo.

Sarah Kofman en *El enigma de la femineidad* hace un psicoanálisis de Freud de una radicalización tal (tono seco, trabajador, sin énfasis reivindicativos) que debería ser un ejemplo de lectura para el feminismo. Emilce Dio Bleichman produjo en 1984 *El feminismo espontáneo de la historia* en donde *el caso Dora*, caso psicoanalítico expuesto por Freud, se convierte en el embrión de una postura revolucionaria, donde la ''enfermedad'' se transforma en la resistencia, el grito sintomático de un discurso, de un deseo al que se le niega la existencia. Pero es en Hélène Cixous y Luce Irigaray donde se entraman los términos femineidad, erotismo, escritura —que convocan este suplemento—. Sigrid Weigel, autora de *La mirada bizca: Sobre la historia de la escritura de las mujeres*, habla sobre ellas: ''El desplazamiento del énfasis de la teoría feminista del interés por la representación del hombre y la mujer, al interés por los elementos de la femineidad en la escritura, es un rasgo común de los escritos de las feministas psicoanalistas francesas Luce Irigaray y Hélène Cixous.''

No me interesa convertir a la mujer en sujeto *y* objeto *de una* teoría; *es imposible abarcar lo femenino con ningún término genérico. Lo femenino tampoco puede ser significado por ningún nombre apropiado, por ningún concepto, ni siquiera el de Mujer (Luce Irigaray, Ese sexo que no es uno).*

Lo *femenino* significa más que *mujer*. De ello se deriva la idea de Luce Irigaray de que no es cuestión de *hacer una teoría de la mujer*, sino de dar a lo femenino un lugar en la diferencia de los sexos. Su método para encontrar ese *lugar de lo femenino* es, una vez más, la *travesía de diversos discursos*, el filosófico y el psicoanalítico, en que lo femenino se define como una carencia, como un déficit (ver su libro *Speculum* que es un ejemplo de recorrido de la teoría y la crítica freudianas).

La travesía, el cuestionamiento y el descuajamiento del discurso son necesarios, escribe Irigaray, porque la exclusión de lo femenino tiene lugar dentro de los modelos y las leyes, los sistemas de representación, que funcionan sólo como autorrepresentación de la subjetividad. El objetivo final es la destrucción del modo de funcionamiento del discurso.

Estos aspectos de las ideas de Luce Irigaray sobre lo femenino tienen en común con las de Hélène Cixous: la proximidad de lo *femenino* y lo que fluye, el cuerpo, el ritmo, la falta de forma de un texto femenino sin principio ni fin, la proximidad con el palpar o el tocar. Para Cixous (*La jeune née* en colaboración con Catherine Clement), estos son los rasgos de una *economía femenina* que ella describe como antagonista de la *economía masculina*, de lo simbólico y lo filosófico y del discurso. La mujer es como el inconsciente que ha sido reprimido y excluido del orden masculino. Es por tanto posible, en su opinión, que la mujer deje que lo reprimido aparezca en su escritura sin pasar por la travesía de discursos que sugiere Irigaray.

Y así las mujeres pueden albergar en sí mismas el potencial para un *programa positivo*.

¿Un programa positivo? Habrá que estar atentas: A principio de siglo un supuesto disgusto sexual nos arrojó en los divanes para que un vienés verde extrajera nuestros secretos con fórceps.

En los años sesenta se nos convenció de las gracias de ser activas, belicosas, ebrias de sí. Nos volvimos más putas pero no por eso más libres. No tener un orgasmo (a la manera de ellos) equivalía a la expulsión de la Escuelita Genital El feminismo de los años sesenta sólo hizo un desplazamiento local: de la vagina al clítoris. Lo que antes era vergonzante puerilidad ahora merecía una bandera roja. En los ochenta he aquí que nuestro cuerpo es fluorescente, archierótico, ilimitado, todas tendríamos la boca curvada de la Santa Teresa de Berbini. ¿Cuándo terminará este agotador prestigio de gozar?

municación para transportar tanta riqueza. Los colonos se arruinaron.

A mediados de los setenta, hombres desconocidos aparecieron con una semillas que regalaban a manos llenas. Eran de marihuana. La cosecha fue excelente, pero llegaron tarde. Estados Unidos ya cultivaba su propia *hierba*.

En 1979 volvieron a aparecer los mismos hombres, aunque con otras semillas, que reconocieron cuando se convirtieron en matas: eran idénticas a las que cultivaban los indígenas.

Fue la locura. Venían hombres de la ciudad con grandes maletas de dinero para pagar las cosechas. Se necesitaba más mano de obra, y llegaron otros hombres que fumaban bazuco para resistir el terrible ritmo de trabajo. El bazuco es algo así como la heroína de los miserables.

Desde 1981, en San José, capital de Guaviare, la población flotante llegó a superar diariamente los 12.000 residentes. Pero también desde entonces el machete o la bala fueron las primeras causas de mortandad. No había día con la morgue vacía.

Pagar en dinero

"Entonces llegamos nosotros —explica un mando de las FARC— y limpiamos la zona de bazuqueros. Sabían que el tercer aviso era el ajusticiamiento". Así murieron muchos narcotraficantes, y los demás tuvieron que volver a pagar las cosechas en dinero, y no en bazuco. "Además —dice el guerrillero— convencimos a los campesinos de la necesidad de cultivar por cada yarda de coca otra de yuca y banano".

Pese a la diversificación de cultivos, era tanto el dinero que corría en San José del Guaviare, que aumentó el número de traficantes, pícaros, comerciantes y prostitutas. El pueblo siguió siendo una ciudad de adobe, de aguas estancadas, de malaria, de música llanera y de docenas de bares que sólo se cerraban para que el juez levantara los cadáveres de los asesinados.

Ahora la violencia es de signo político: se ceba en los líderes cívicos y políticos. Hace un año mataron al alcalde de la ciudad y a varios candidatos a las elecciones municipales del próximo 13 de marzo. "Teníamos todas las posibilidades de ganar en la región —dice Jaime Jaramillo— pero han matado a nuestros candidatos y ya no podemos arriesgar a más gente. Esta situación se reproduce por lo menos en 30 municipios de todo el país". Los *nuestros* no son sólo los comunistas, sino también conservadores y liberales que han optado por apoyar o son apoyados por la Unión Patriótica. En dos años, 500 militantes de Unión Patriótica han sido asesinados.

La vida en San José de Guaviare ahora languidece. El precio de la coca ha dejado de ser rentable. Miembros de la antiguerrilla vigilan el pequeño aeropuerto de tierra. Dicen que se teme un ataque de la guerrilla.

Un cuartel domina la vida cotidiana del pueblo. Los soldados hacen la instrucción por las calles al grito de "¡mueran los comunistas!" En las afueras hay una pequeña laguna que sirve de depósito de cadáveres. "Los asesinos quieren que sepamos a quién matan", cuentan.

A dos horas en barca, otros *militares* dirigen la vida de los 50.000 campesinos desparramados por 40.000 metros cuadrados de selva.

En el Raudal, a orillas del río Guayabero, un aviso indica que ahí comienza el territorio de las FARC. Un cartel con los horarios de subida y bajada por los rápidos advierte de las multas que deberán pagar los infractores. En el mismo aviso se prohibe la navegación por la noche "bajo multa" de 250 dólares. Toda una fortuna.

Pasados los rápidos, en los que el año pasado se ahogaron más de 30 personas, aparece Lacarpa, población de 200 habitantes. Allí esperan dos jóvenes guerrilleros comandados por un adulto que se identifica como el camarada Roberto. Prohiben hacer fotografías, aunque advierten que el permiso lo tienen que dar los dirigentes locales.

El polvorín de guayabero

El pueblo siestea al calor del mediodía. La sorprendente presencia de Mario Hernández, líder de la UP en la región, aviva las miradas. El, por su parte, quiere demostrar que en Lacarpa se vive feliz. "Aquí no hay más ley que el respeto a la vida y a la mujer del otro", afirma.

Pero Hernández reconoce, aunque no quiere creer que pueda ocurrir, que una exitosa ofensiva militar dejaría a la población a merced de las represalias.

Hernández repite sin descanso: "Colombia es un polvorín, y la mecha está en el Guayabero". Y reúne a los representantes cívicos de la población para que expliquen en qué han quedado las promesas arrancadas al gobierno en diciembre de 1986, cuando 25.000 campesinos *tomaron* la capital del Guaviare.

La consecuencia es que nadie que habite en la zona del río se atreve a bajar a la capital. "Los primeros que lo hicieron no han vuelto", dice Hernández.

Carlos Enrique sí regresó. Tuvo la suerte de salir ileso de un atentado. Su compañero murió acribillado por balas anónimas. Era el secretario de la organización cívica de Lacarpa, y como tal salía de recoger un cheque-ayuda del gobierno. No le dio tiempo a cobrarlo. Ahora el cheque es papel mojado. Hay que iniciar otra vez los trámites de legalización de firmas, pero el nuevo secretario no puede bajar a San José si quiere seguir viviendo.

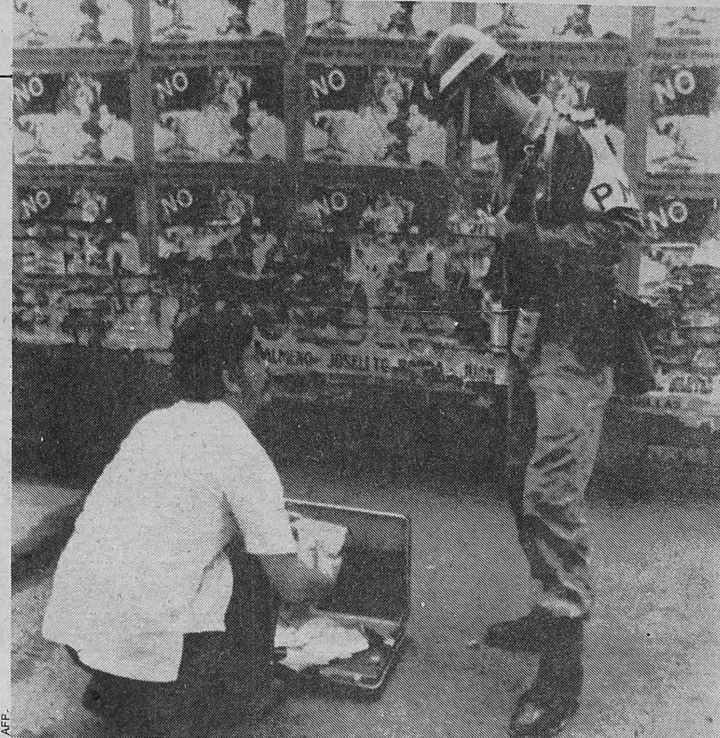
La organización cívica quiere que un funcionario del gobierno suba el dinero desde San José a Lacarpa. Han pasado varios meses y la situación sigue estancada. Nadie se atreve a recoger los cheques.

"Si bajas a San José —dice un campesino— sabes que no duras más de una hora vivo". "Si Colombia es un polvorín, la mecha está en el Guayabero", repite Mario. A la semana de esa conversación, el Ejército entró en el Guayabero. Los medios de comunicación no le dieron importancia.

"Ni el diálogo con la guerrilla ni más medidas punitivas para la delincuencia común o el narcotráfico traerán la calma al país —dijo el procurador general de la Nación, el liberal Carlos Mauro Hoyos—. Mientras no haya justicia social no habrá paz".

AFP





AFP

Colombia es una requisa.



AFP

Héctor Abad Gómez, presidente de la Comisión de Derechos Humanos de Antioquía, asesinado el 25 de agosto de 1987 en Medellín.

COMPROMISO DE ACAPULCO

Siete y uno no son ocho

Cuando los Ocho firmaron el Compromiso de Acapulco, el colombiano Virgilio Barco no aplaudió. Y cuando los reporteros le preguntaron sobre el pago de la deuda externa, contestó, como un sabio chino, que "Colombia maneja su economía con mucho cuidado". El sentido de su inexpresiva conducta y de su filosófica frase quedó claro cuando, después de firmar el Compromiso, se diferenció de la posición común —que abogaba por la autonomía latinoamericana en la negociación— con un documento paralelo, suscripto por el solo, según el cual su gobierno sí seguiría fielmente los lineamientos de sus acreedores. Así borró con el codo lo que acababa de escribir con la mano, y, siguiendo un estilo doble, muy común en la política tradicional colombiana, rompió con la conferencia sin escindirla.

Se comprende que Barco no quiera disgustar a sus acreedores estadounidenses. Entre otras cosas, porque espera de ellos un empréstito de 250 millones de dólares en 1988 para armar más y mejor al Ejército, una cifra mucho más alta que la de años anteriores. Eso es comprensible también: ya que está metido en una *guerra sucia* hasta la tráquea, es lógico que quiera ganarla.

A su regreso a Bogotá, explicó qué entendía por *guerra sucia*: la injusta campaña de acusaciones en contra suya por crímenes y desapariciones, orquestada por "terroristas de varios orígenes y grupos demenciales", con el fin de debilitar su legítima autoridad.

Uno de los hechos que perturbó a Barco en Acapulco fue la carta pública de varias personalidades mexicanas reclamándole que se acogiera al espíritu de Esquipulas, con lo cual le estaban diciendo que le diera prioridad a la negociación sobre la represión. Sin darse por aludido, al llegar a Colombia, el presidente dio un no rotundo a la propuesta de que la Iglesia mediara en un acuerdo entre el gobierno y la coordinadora guerrillera, que agrupa a todas las fuerzas alzadas en armas.

Contra la voluntad de Barco, la conformación de esa coordinadora, como oposición politico-militar unificada, ha hecho que las mil aristas del caos colombiano vuelvan a girar en torno a un eje central: la negociación de la paz.

Como si fuera el primer día de la creación, hay que rehacer a Colombia. Acometer reformas sociales que se evaden desde el siglo pasado; romper el monopolio de poder que asfixia el libre juego político; frenar la rueda loca de la delincuencia; recuperar la ética perdida con el narcotráfico; desmontar el terror paramilitar y garantizar la vida. Esta empresa monumental no puede —ni quiere— acometerla un presidente que no tiene más poder que el que los militares le dejan.

XILOCAINA ROSADA

Por Cecilia Absatz

Cuando Leonor me llamó desde Tucumán yo todavía no había recibido la invitación al Congreso. No sabía de qué me estaba hablando, sólo entendí que había tenido un bebé y que ésta era la ocasión de conocerlo. Al día siguiente sí, llegó la carta de la Federación Odontológica: esperaban que hiciera una ponencia sobre un nuevo sistema para implantar prótesis. Llamé y dije que aceptaba, pero quería ser una de las primeras expositoras (así el resto de la semana podía divertirme, no dije pero pensé fuerte). Me asignaron como última oradora del primer día y me pareció bien. Entonces llamé a Leonor y acepté su invitación: viajo el ocho de noviembre, le dije, con el Sol en Escorpio.

Cuando estábamos en la facultad teníamos una sociedad astrológica secreta y hacíamos magia. En realidad nos considerábamos un par de brujas; por suerte éramos amigas y no enemigas, nos decíamos, porque cada una se creía poseedora de un gran poder. Todo era una broma, desde luego, pero lográbamos producir algunos hechos curiosos. Al menos lográbamos divertirnos.

Leonor se casó en mitad de la carrera con un árabe llamado Yoram, dueño de una cadena de tiendas en Tucumán, a quien yo no conocí; sólo vi la foto de un hombre más bien pequeño y muy moreno. No nos veíamos desde entonces, prácticamente. Cada tanto Leonor venía a Buenos Aires a hacer compras, pero sólo una vez vino sin su marido y ésa fue la única vez que me llamó. Nos reunimos a tomar el té en la Recoleta, entre Perugia y Briccole, y pasamos un rato cada una mirando la fotografía sonriente hasta romper carrillos de la otra. Eso fue todo.

El ocho de noviembre al atardecer Leonor estaba esperándome en el aeropuerto. Estaba ofensivamente igual a como era diez años atrás, la maternidad la había rejuvenecido. Me llevó a dar una vuelta por la ciudad antes de ir a la casa; lluvia y noche prematura, mucho calor, lo único que recuerdo de ese paseo es el resplandor de las naranjas en la plaza central.

El bebé de Leonor era un botón rosado, una miniatura de nácar, pero Yoram resultó ser un hombre muy feo. Tenía los ojos muy juntos y muy negros; a partir de ahí, la cara se extendía hacia abajo como si no pudiera soportar el peso de la nariz; una nariz tan extrema como para caer bajo los efectos de la gravedad; una boca tan gruesa y poco contenida que a primera vista resultó verdaderamente molesta.

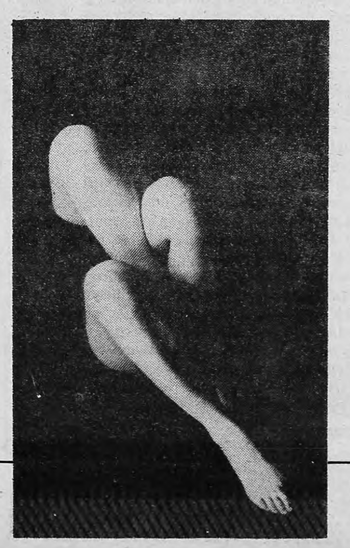
Esto es lo que vio el ojo domado: una cucaracha negra de labios gruesos. Esto había convertido a Leonor, aquella fiera, en una mujercita temblorosa y juvenil. Nada podía parecerme menos interesante.

Poco después de llegar el bebé dormía, y los adultos tomamos una copa antes de comer. No sé qué pasó. Un mechón de pelo negro se deslizó sobre su sien y me topé un instante con el fulgor de su mirada. Una víscera secreta se insubordinó e inició una campaña hormonal de sabotaje. El pelo negro y sedoso, tenía que hacer esfuerzos para no mirarle la boca. No sé qué desató la vieja y misteriosa alquimia, cómo fue que me puse tonta, peor, anhelante, pendiente de un olor, de una textura (quiero tocar). Marfil oscuro, madera negra, lijada y lustrada. Desastre en la red interna.

Sentados frente a frente bajo la luz del comedor, sentía las miradas fugaces de Yoram como chorros de agua caliente sobre mi pecho, mientras Leonor hablaba en la cabecera como si todo estuviera en orden. Encima de la piel, la seda; debajo de la piel, revolución masiva: las fuerzas no responden a sus mandos neuronales. Los insurrectos avanzan remontando el torrente sanguíneo, se eriza la piel y se nubla la vista, mientras en la cúpula, el estado mayor se convierte en una esponja saturada de vino blanco detrás de una cara que sonríe estúpidamente. Estaba metida en un gran lío, y sólo era el primer día.

Escapé a la cama y me dediqué a tener miedo. El Congreso empezaba a la mañana siguiente y todavía nada me afecta más que el pánico. Cada vez que acepto participar en un congreso sólo veo el final de la película: yo estoy de pie frente a un micrófono y los demás aplauden. El pánico viene después, a medida que se acerca el momento de mi actuación. El último tramo es un camino ciego y sordo, un túnel de hielo con imágenes desvaídas y extraños zumbidos, que desemboca en un recinto semicircular. La luz es muy blanca y me veo a mí misma de pie frente a un micrófono. Comienzo a decir palabras cuyo significado ignoro, y espero que encuentren la manera de articularse entre sí porque yo no tengo idea de qué estoy hablando. Escucho una voz remota y ajena que se desliza con fluidez y un dejo trémulo que le da el micrófono. Yo mientras tanto tengo tiempo de mirar a la gente: parecen interesados y atentos. Esto sigue para siempre durante toda la eternidad. Sólo cuando descubro que estoy presa y engrillada tras la barra única y sólida del micrófono, sólo cuando me resigno y comienzo a pensar en otra cosa, sólo entonces me despiertan los aplausos. Alguien modera la luz, escucho música y voces, vuelvo rápidamente. Qué bueno, ya todo terminó. Recupero el calor, me siento capaz de reír.

Esa noche había un invitado a comer en la casa. José era un hermano de Yoram que Leonor quería presentarme. Era un hombre no tan joven, más alto, más claro, más razonable que Yoram en todo, un sujeto perfectamente irreprochable, hice lo posible por interesarme en él.



Pero ahí estaba el otro, del lado opuesto de la mesa, en el costado ajeno del sofá, y yo perdía mi contorno, sólo quedaba de mí un nervio vibrante y desatemperado. Sentía su mirada recorrer el costado de mi garganta y algo sonaba en lo más íntimo del cerebelo. Una gota de miel comenzaba a bajar, vértebra a vértebra, por el foso oscuro que horada el centro de mi columna. Rosa xilocaína, ahora una ráfaga helada. Mi espalda es eterna, es infinita. El me miraba un tobillo y la piel de mis piernas se independizaba de mí, adquiría vida propia y se hacía sentir, cada vez más, cada vez más arriba, hasta exasperar la cara interna de los muslos. Yo cruzaba fuerte las piernas.

No recuerdo qué comí. Sólo el sabor frutado del vino reverberando en mi paladar. Una espesa gota de salsa sobre el mantel, entrando lujuriosa, lenta, por los hilos entrelazados de la tela. Jugos y calores secretos en medio de una amable conversación. Leonor era amable, en efecto, y me hacía preguntas sobre el Congreso y la ponencia. Demasiado amable diría yo, ya se había desatado la guerra. José también era amable y me cortejaba. Pero yo sólo me preocupaba por mis manos. Las manos tampoco responden a sus mandos naturales; en el primer descuido las hundiría en esa mata sedosa de pelo negro y todo se iría al demonio. Estaba asustada. Quería mandar todo al demonio.

En ese momento el bebé se despertó. Yoram se incorporó antes que Leonor y salió de la sala. Hacía mucho calor. El salió de la sala y todo se volvió más opaco, más ligero. En un minuto y medio ya me estaba aburriendo. Yoram volvió con el bebé en brazos, un paquete envuelto en celofán dorado, un punto de luz entre sus brazos oscuros. Yo estaba de pie junto a la ventana por donde no entraba ni una sola gota de aire. Todo era líquido esa noche. Yoram vino a mostrarme el bebé, muy cerca, muy cerca, la camisa abierta, el vello negro, y el bebé durmiendo entre los dos. Sentí su respiración, muy cerca de mí con el bebé en brazos, un montoncito de carne contra su carne, rozándome la piel, cuando Leonor dijo que era hora de acostar al niño. Yoram se lo llevó. Yo saludé debidamente y me fui a dormir.

La segunda jornada del Congreso me resultó fatal, no veía la hora de volver a la casa. Cuando llegué, un rato antes de lo previsto, la encontré desierta. Una nota de Leonor sobre la mesa del comedor: viaje relámpago a Buenos Aires, alguna cosa que le pasa a mamá, la heladera está llena, quedás en tu casa. Maldita bruja. Si no me lo voy a robar, sólo quiero tocarlo un poquito. Cómo puede ser tan egoísta alguien que se dice tu amiga. Anduve por la casa furiosa. No soportaría el resto del Congreso, nada justificaba esperar el cocktail de clausura, a la mañana siguiente me iría. Pero por ahora quedaba en mi casa, furiosa. Quería esos brazos, esos brazos que saben tomar un bebé. Recorrí la casa abriendo y cerrando cajones, botiquines y puertas del placard. Si estaba en mi casa me sacaría la ropa. No era el calor, es que dolía. Fui dejando sobre la alfombra un reguero de medias, sandalias, una blusa, un calzón. Gretel abandonada deja marcado el camino como puede; no tiene más pan que su propio cuerpo, y nadie que la muerda.

Ella se lo llevó, pero yo igual lo tendría. Abrí el placard y me puse una de sus camisas, olor suave de lavanda. Me quité la camisa y me puse la chaqueta de su pijama, después un buzo deportivo. Seguí buscando, oliendo, manoseando; por fin encontré en un canasto del lavadero la camisa que él había usado ayer. Eso me puse sobre la piel y me abracé a mí misma; todavía conservaba algo de su calor. Luego fui al baño. Me pasé su perfume, usé su peine, olí su toalla. Después me metí en su cama, me envolví en su sábana y me abandoné en él. Era hermoso, una llama negra y roja, podía beber en la almohada el sabor de su garganta. Apagué la luz y hundí por fin las manos en su pelo, mordí y besé su boca descarada, deseé. Fue mío, lo tuve dentro de mí, sentí su peso y su saliva. Hay cosas que hasta una bruja aficionada puede hacer.

A la mañana siguiente tomé el avión pensando que para la Ley ni siquiera había pecado. Tonta de Leonor. Me pregunto qué es peor, clavarte en las entrañas la espada de la Voluntad para no desear el marido de tu amiga, o desearlo como una perra y poseerlo, con el mínimo recaudo de que tu amiga nada pueda reprocharte. Francamente no lo sé.